

MESA DE LA GENERACION DE LOS '70

Coordinadores: **Victoria Castro R. & Patricio Núñez H.**
(Transcripción magnetofónica editada por V. Castro)

A Julia Monleón.

"De distancias llevadas a cabo ... de hereditarias esperanzas... y días de transparente veta"
- *Monzón de Mayo* Pablo Neruda

Se abrió la sesión recordando con cariño a nuestra compañera de los '70, Julia Monleón. Evocamos el entusiasmo con que nos habría acompañado en esta reunión y su vida, que se inició en España, país que abandonó con el dolor del exilio. Hoy, la tierra de Madrid es su refugio infinito.

Los '70 fueron una época de Primavera y Tormenta. Es cierto que las semillas empezaron a germinar, pero a medio camino de este andar, la situación se tornó cada vez más difícil en el país. Aquí estamos para rememorar junto con ustedes segmentos de esa historia, densa, plena, profunda que para la mayoría de nosotros, cubre el tiempo entre mediados de los '60 y septiembre de 1973. Es la década de las grandes transformaciones y cambios. Y algunos cambios producen fuertes crisis de convivencia, de ética. Sin duda es imposible desconocer la diferencia con el período precedente.

Como estudiantes, en ese entonces, la Sociedad Chilena de Arqueología representaba para nosotros una entidad compuesta por los personajes consagrados de la disciplina, que realizaba Congresos periódicamente y publicaba sus actas con los trabajos de estos eventos. La rica experiencia de escuchar, compartir y aprender, la pudimos vivir plenamente en los congresos de Concepción el año 1967, La Serena en 1969 y Santiago en 1971. Este último, patrocinado por la Universidad de Chile y que se desarrolló en la Sala Domeyko de la Casa Central, es en nuestra memoria un momento significativo: pudimos escuchar a jóvenes arqueólogos de vocación, la mayoría formalmente historiadores y conocimos más de cerca -con rostro y voz a personajes consagrados que leíamos en nuestras clases- gentes como John Murra, Luis Guillermo Lumberras, Carlos Ponce Sanginés. Hubo sabrosas discusiones y mucha camaradería. Tuvimos también, al alero del Congreso, nuestra propia reunión como estudiantes; las gentes de Concepción, Santiago y Antofagasta.

En Junio de 1973, entre (y durante) "el Tancazo" y "El Golpe", se realizó el Primer Congreso del Hombre Andino (y el último), un evento de carácter panandino, internacional e interdisciplinario que se desarrolló en las ciudades de Arica, Iquique y Antofagasta. Si bien no fue organizado por la Sociedad, muchos de sus socios asistieron; también un número importante de estudiantes. Fue el último encuentro masivo de arqueólogos y científicos sociales.

El próximo Congreso debía realizarse el año '73 en Punta Arenas. Pero no fué así; tampoco fué posible el del '75 en Arica. La hospitalidad del Museo Arqueológico de La Serena y el impulso siempre vivo del maestro Hans Niemeyer, por muchos años Presidente de la Sociedad, lograron abrir un espacio de reunión para profesionales y estudiantes recién en 1976. Allí se acordó que al año siguiente se reiniciaría nuevamente la tradición de la Sociedad y se efectuaría el VII Congreso, con Sede en Altos de Vilches, Talca. Entre La Serena 1976 y Valdivia 1979, muchos de los estudiantes de los inicios de la década empezaron su trabajo profesional, al tiempo que los alumnos de la generación de los '80 se integraban. ¿Qué habría sido de estas dos generaciones sin la iniciativa pionera de los fundadores de los '60? Se trata de un verdadero problema arqueológico y filosófico.

En cuanto a la formación universitaria, esta década fué crucial, fundamental, entusiasta, alegre y dolorosa. En los inicios de este período, se crean las carreras en Concepción, Santiago y Antofagasta, con el impulso de profesores y estudiantes unidos por un ideal compartido. Estas incipientes especializaciones se desarrollan y crecen con fuerza y pasión durante tres o cuatro años; los alumnos son bien adiestrados en terreno, en gabinete y en el aula de clases. El entusiasmo es grande y la mayor felicidad para nosotros es que nos inviten a participar, aprender más y más. Los financiamientos en ese entonces para la investigación, provenían únicamente de los siempre modestos aportes universitarios, pero quienes guiaban los trabajos; compartían con los estudiantes pasajes y alimentación. También, como hasta el presente, el Museo Nacional de Historia Natural en su sección de Antropología nos acogía con generosidad. Existía mucha energía en el ambiente; muchas percepciones al largo plazo. Pero a partir de septiembre de 1973, estas carreras del ámbito de las Ciencias Sociales y sus recursos humanos, son fuertemente afectadas. En pocos años, sólo una de ellas logra sobrevivir (en el sentido más literal), con muchas dificultades que recién

empiezan a superarse. Es la que se había iniciado en la Universidad de Chile, Sede Santiago. En este contexto, ya a mediados de la década de los '70, se editan las primeras tesis para optar al grado y título de Arqueólogo, en los tres centros del país.

Entre las instituciones pioneras de la investigación en arqueología estaban el Museo Nacional de Historia Natural, la Universidad de Chile (que en ese entonces tenía sus Sedes Regionales a lo largo del país) y las universidades regionales tradicionales. Después del '73 y durante toda esa década, prácticamente sólo el Departamento Técnico de Investigación de la Universidad de Chile financió la investigación en nuestra disciplina. Paulatinamente, algunos arqueólogos lograron fondos del extranjero (FONDECYT es una entidad que nos financia a partir de los '80). En realidad, una increíble vocación de maestros y estudiantes hace posible el crecimiento de la investigación en este período porque la mayoría de los arqueólogos que subsisten, realizan investigaciones marcadas por su entrega, sin retribuciones monetarias, con algunos pesos para costear pasajes y alimentación en el mejor de los casos. Valiosos proyectos que se desarrollaban o se estaban gestando a inicios de los '70, no pudieron continuar. Un ejemplo es el Centro Isluga, que de continuar con investigadores como Freddy Taberna, Verónica Cereceda y Gabriel Martínez, habrían logrado muy tempranamente la comprensión interdisciplinaria, la integración entre las ciencias del ambiente y la etnografía y un desarrollo de la conservación museológica trascendental. No obstante tantas dificultades, se lograron avances significativos en la disciplina. Nuevas orientaciones --cambios paradigmáticos-- provocaron intereses diferentes y complementarios. A modo de ejemplo, se empezó a enfatizar el estudio de depósitos habitacionales considerando el uso del espacio a nivel regional y una orientación más antropológico/social --a contraluz-- provocó un interés por comprender la economía de las sociedades prehispánicas; sus resultados son publicados a partir de mediados de los '70.

La utilización de nuevas estrategias y técnicas de investigación en esta década, derivan de aproximaciones o marcos referenciales provenientes de la etnohistoria --gracias a los aportes de John Murra-- de la etnografía, la biología, las matemáticas, la geografía y la física. A fines de los '70, se visualiza un cambio de orientación que quiere enfatizar la valoración del los seres humanos que elaboraron los objetos materiales del pasado, anunciando de algún modo los cambios que sufrirá la disciplina en las dos décadas siguientes.

Por último, la labor de divulgación de la arqueología en este período aparece desdibujada, con unos escasos aportes en publicaciones provenientes de museos, centros regionales y universidades. Y principalmente nos referimos a una divulgación científica, para los especialistas consagrados y en formación. En este sentido destacan como una continuidad de excepción, la revista *Chungará* de la Universidad de Tarapacá y *Estudios Atacameños* de la Universidad del Norte. El *Boletín de Prehistoria de Chile* de la Universidad de Chile, deja de existir a mediados de la década, siendo reemplazado finalmente por la *Revista Chilena de Antropología*.

En síntesis, parafraseando al maestro [Alberto] Rex González y aunque obvio, "...ninguna ciencia puede desgajarse del contexto sociopolítico, económico e ideológico en que se desarrolla y transcurre su historia."

Para terminar nuestra presentación del temario de esta reunión de los 30 años de la Sociedad, creemos que faltó un tema en estas mesas, aún ausente en el presente y de la mayor prioridad. El de la ética profesional. Ello afecta sin duda todo el desarrollo de nuestra disciplina, pero aún con mucho más fuerza en las décadas de los '70 y los '80, épocas en las que museos y universidades se ven insertas en la política de autoridades designadas y recursos humanos exonerados, al lado de colegas que logran subsistir dentro de su quehacer.

Como coordinadores hemos invitado para testimoniar esta historia de los '70, de acuerdo al temario, a Eliana Durán y Fernanda Falabella (1. El rol de la Sociedad Chilena de Arqueología); Agustín Lagostera y Carlos Urrejola (2. La Formación Universitaria); Mauricio Massone y Patricio Núñez (3. La Investigación en los Centros Universitarios y Museos); José Berenguer y Jorge Hidalgo (4. La influencia de nuevos enfoques teórico - metodológicos) y a Carlos Aldunate y Rodolfo Weisner (5. La Educación y difusión arqueológica. Luego del testimonio de los panelistas de cada tema, se ofrecerá la palabra al público.

1. Rol de la Sociedad Chilena de Arqueología

Eliana Durán enfatiza el enorme desarrollo profesional de la arqueología en esta década. Aparecen los primeros frutos profesionales y la Sociedad los acoge. Recuerda Eliana [Durán] que desde ese entonces, la Sociedad empezó a reflexionar sobre la necesidad de albergar a los licenciados jóvenes; un deseo que aún no se ha concretado, pero que

permanece como una inquietud que requiere un cauce. Otro aporte que señala es el interés permanente por perfeccionar a sus socios, por medio de reuniones anuales sobre temas específicos. La preocupación por el patrimonio cultural encuentra una entrada cuando el año 1970 se aprueba la Ley de Monumentos Nacionales y se consigue la participación de un miembro del Directorio en sus reuniones. Como en tantos otros logros, su primer representante es Hans Niemeyer.

Pero como decía Patricio [Núñez], hay un antes y un después del '73. Es así como el Congreso de 1971, publica sus Actas en un número especial del *Boletín de Prehistoria de Chile* de la Universidad de Chile. Después, los acontecimientos obligaron a suspender el Congreso que se realizaría en Punta Arenas. Ante la intranquilidad de sus socios, la Sociedad defendió, de una u otra manera, a los arqueólogos cuestionados. Se programó realizar el VII Congreso en 1975. Todo estaba preparado nuevamente y aparece un bando militar donde se ordena suspender este evento, por estar organizado por personas indeseables. Ni la intervención del Rector de la Universidad del Norte Sede Arica, ni de la Sociedad recibieron razones. Habían transcurrido ya cuatro años sin reuniones cuando surgió la idea de las Jornadas Arqueológicas en La Serena, que resultaron todo un éxito: estamos aquí, vigentes, hemos avanzado; fué el reencuentro y el acuerdo de realizar el VII Congreso en Altos de Vilches. Desde entonces no se ha roto más la periodicidad de los congresos [nacionales] ni la publicación de sus actas.

Fernanda Falabella ofrece inicialmente la visión de una persona que fué estudiante durante toda esta década. En ese sentido, la Sociedad se les presentaba como un ente organizador de congresos y que aglutinaba a maestros, profesores y autores de artículos. Pero después, estando dentro captó que era otro mundo y de ahí su reflexión de si es bueno o no que se produzca esta marcada diferencia perceptiva, externa e interna que se inicia en los '70. Los socios fundadores de los '60, fueron el núcleo activo de la Sociedad y sabían cabalmente el porqué y el para qué de la Sociedad. Pero en los '70, con estudiantes de arqueología y con un crecimiento significativo de la actividad arqueológica, la Sociedad era para los que estaban fuera de ella un tremendo signo de interrogación. Nadie hizo un poco de *marketing* de la entidad, quizá porque eran pocos. Pero además otro factor que habría influido es que las universidades están canalizando la actividad científica. Los alumnos tenían su mundo, con sus discusiones teóricas, metodológicas en la universidad. Un tercer factor son los sucesos políticos del país, que provocaron problemas entre miembros de la Sociedad. Al no existir un colegio profesional en ese entonces, la Sociedad asume una cantidad de manifestaciones de defensa y mediaciones silenciosas y por lo tanto desconocidas para los que estaban fuera de ella. Están en los Archivos. Probablemente de estas situaciones se empieza a gestar la necesidad de nuevas acciones, por ejemplo la comunicación con los que están afuera de la Sociedad. Fernanda [Falabella] menciona como ejemplo un escrito de José Berenguer de 1977, en que reflexiona sobre la necesidad de que la Sociedad tuviera un Boletín, que integrara a los estudiantes. Fernanda concluye que la percepción como estudiante o desde afuera era que la Sociedad hacía poco siendo tan fácil, en cambio, al estar dentro se ve que nada es fácil ni obvio, que todo se hace con gran esfuerzo. Por último agrega que en esa época se revisó el problema de la centralización en Santiago. La Sociedad optó por directores regionales, lo que no resultó. Después, en 1979, se acogió la sugerencia de Virgilio Schiapacasse de crear capítulos regionales, una experiencia también sin éxito.

Eliana Durán: En esta época aparecen también los visitantes regionales con credenciales, del Consejo de Monumentos Nacionales. El Directorio [de la Sociedad] lograba reunirse con ellos dos veces al año, ocasión provechosa para hacer talleres y encuentros de discusión metodológica muy enriquecedores, así como los ciclos de conferencias. No estuvo ausente el reconocimiento de la Sociedad a miembros meritorios como Grete Mostny, Jorge Iribarren y Ciro Vergara. Y lo importante es que [estos reconocimientos] se han hecho cuando estas personas están activas y vivas. Solicita que esta actitud no se pierda por la importancia que tiene el reconocimiento en el momento que corresponde.

Hans Niemeyer: Un detalle. En la reunión plenaria del Congreso de Valdivia en 1979 se acordó que los congresos [nacionales] se realizarían en lo sucesivo cada tres años. Desde esa época, lamentablemente coincidimos con los congresos nacionales argentinos, pero [el cambio] era necesario para entregar resultados más completos de las investigaciones.

Gonzalo Ampuero: Después que sobrevino el Golpe, apenas pudimos reunirnos en Santiago, Lautaro [Núñez] y yo que éramos Directores Regionales de la Sociedad, renunciamos. Y poco a poco se centralizó toda la actividad en Santiago hasta el día de hoy. ¿Que pasó? En lo que a mí concierne, pasaron muchas cosas, pero en lo inmediato, temor. Para las personas que éramos marcadas, participar era difícil. Entre el '73 y el '76, se anula la especialidad en Concepción y en todo el país hay movimiento de investigadores: algunos se perdieron, otros se trasladaron, otros

sobrevivieron. Para que la Sociedad sobreviviera debía estar en Santiago y en manos de personas que no estuvieran marcadas. Y así pudo realizar una buena tarea.

Virgilio Schiappacasse: Quería referirme al problema del centralismo que ha aporreado siempre a la Sociedad. Porque los núcleos más vitales para constituir la Sociedad fueron los investigadores del norte, de Arica y Antofagasta. Y luego, el Directorio siempre en Santiago, porque no se ha encontrado otra solución para su funcionamiento. Creo que en parte esta situación incide en que no exista la suficiente cohesión con los colegas de todo el país.

Julie Palma: La actitud de la Dra. Mostny en el '73 --en ese entonces Directora del Museo Nacional de Historia Natural-- es muy valiosa. Después del 11 de septiembre, nos reunió a todos. Había recibido órdenes para entregar una lista de nosotros, a lo que ella se negó y nos dijo que habiendo trabajado todos por el bien del Museo, sin problemas, siendo personas de distintos colores políticos, seguiríamos adelante juntos.

Gastón Castillo: En el contexto del recuerdo quería mencionar a Freddy Taberna, porque en esa década hizo mucho e influyó en nosotros, especialmente en los estudiantes de Antofagasta. En la televisión, junto a Lautaro, Freddy comunicaba los proyectos geográficos y arqueológicos que estaban germinando para el interior del Norte Grande. Y [destaco también] su participación como organizador en el Primer Congreso del Hombre Andino, demostrando ser una persona carismática y noble, que afrontaba los problemas con calma. Una figura que hoy no está.

Donald Jackson: Yo quería recordar que con el Golpe de Estado se nos fue de Chile un gran investigador, un gran maestro, Luis Felipe Bate. Una persona que había iniciado los trabajos de investigación en Aysén, que había generado toda una línea de investigación. También había influido mucho en los estudios de lítica y era un fiel defensor de la posición materialista histórica en la arqueología. Todas sus obras tuvieron que publicarse afuera.

Patricio Núñez: Lo expuesto nos permite refrendar la idea de que si bien es cierto esta época fue, quizá, el período más crítico que sufrió la Sociedad, se logró salir adelante. Entonces es importante saber por qué no se realizó el Congreso de 1975.

Lautaro Núñez: [Como revisamos las etapas de nuestra Sociedad, quisiera referirme a cinco episodios ocurridos [antes y] durante el Gobierno Militar]. El primero es que he escrito un artículo testimonial de los eventos felices y tristes acaecidos en el norte hasta el reinicio de la democracia y que espero se publique en algún lugar. Sería importante que otro colega escriba estos testimonios para el centro y otro para el sur del país, porque son sucesos que la memoria tiende a olvidar. En este mismo sentido, sigo insistiendo en la recomendación de que, por ética, la SChA debe editar todos los peritajes y trabajos que los arqueólogos y antropólogos chilenos han realizado con respecto al problema de los desaparecidos en Chile. Considero una gran labor de la Sociedad encargarse de esa edición como un aporte significativo nuestro al esclarecimiento de los sucesos chilenos [véase *Boletín* N° 16, junio, 1993: 33].

En segundo lugar: el Congreso del Hombre Andino. Fue el primer intento de integrar disciplinas distintas para comprender el fenómeno andino, pasado, presente y su proyección futura. Y desde el punto de vista arqueológico, la presencia de John Murra y de Tom Lynch, produjo consecuencias teóricas y metodológicas sorprendentes en ese entonces. Fueron aportes pluralistas decisivos para los planteamientos científicos posteriores, [quedando inconclusa su publicación, aunque el tema andino quedó desde este congreso perpetuado en la antropología del norte del país, a pesar de los límites del período analizado].

Tercero, con respecto al frustrado Congreso [Nacional de Arqueología] de Arica, quisiera haber conversado este tema junto al profesor Mario Orellana, en un ambiente de mutuo respeto. [Guardo] respeto profesional por los gestos que él [tuvo] con su universidad para mantener la docencia en la arqueología en este período. Creo que ambos merecíamos una conversación, [incluidos] otros colegas. Aún en su ausencia, tengo la necesidad moral de describir el episodio sin comentarlo en sus detalles. Jorge Hidalgo [y otros colegas estuvieron presentes] en la reunión cuando el Rector Dn. Hernán Danyau, al inaugurar un congreso de coordinación de la arqueología de la Universidad del Norte, en San Pedro de Atacama, reunió a todos los arqueólogos y antropólogos de Arica, Iquique, Antofagasta y San Pedro de Atacama, bajo el beneplácito del padre Le Paige, quien dirigía la reunión. [El Rector Danyau señaló lo siguiente] (trataré de describir lo más textualmente posible este episodio, porque después no haré más comentarios): "Estimados investigadores, el Congreso de Arica no se va a realizar y no se va a realizar porque (y sacó su libreta) hay una delación escrita a través de un oficio, en el Ministerio del Interior, donde el profesor (y lo lee textualmente) Mario Orellana, de la Universidad de Chile de Santiago, ha [acusado] que ese congreso está infiltrado tanto por activistas nacionales como peruanos". Y a continuación leyó una lista de los activistas chilenos. [La mayoría de los convocados

en San Pedro estábamos allí. Recuérdese que en esa época se desaparecía por acusaciones menores que ésta. Luego el Señor] Rector señaló: "Este congreso no se va a hacer porque lo pacté de esta manera en el Ministerio de Interior y sobre esto no se habla más y ahora sigan con sus trabajos científicos que son muy serios y los apoyo". [Ahora] tampoco yo hablaré más sobre esto.

[Cuarto], hubo ocasiones en que la Sociedad no pudo desarrollar reuniones científicas con temáticas [étnicas más coyunturales, cuando la Dictadura y sus académicos oficiales obviamente no lo autorizaban a través de universidades intervenidas. Sin embargo,] en una ocasión, junto a Vicky Castro y Hans Gundermann realizamos en el norte el "Taller de Tierras Altas", que integró a especialistas en etnohistoria, etnología y arqueología. [Fue una jornada de] máxima importancia, porque en el altiplano logramos analizar y elaborar un documento coloquial de trabajo, en el que precisamos conceptos y evaluamos el estado de la investigación en su conjunto, [rompiendo el aislamiento].

[Quinto], finalmente quiero señalar que para los exonerados y los que estuvieron en prisión más tiempo que el que habla, para los exiliados, para los que se marginaron, en definitiva, [para muchos colegas que sufrieron verdaderamente el impacto de la Dictadura], la Sociedad Chilena de Arqueología [nos dio su] apoyo moral y humano sorprendente. Nos mantuvo vivos científicamente, activos en el país. Es el momento de agradecer públicamente el apoyo de la Sociedad en este difícil período. [A todos sus Directivos que durante este período condujeron la Sociedad con prudencia, solvencia científica y relaciones solidarias, al margen del deprimente espectáculo del juego del poder y con el reconocimiento y la admiración de sus asociados].

Jorge Hidalgo: Creo que hay que entender las circunstancias de la época. La Sociedad [no hizo una denuncia pública de esos ataques, sin embargo] se identificó con los perseguidos y no con los perseguidores. En ese sentido, el Directorio actuó discretamente, informando al rector Danyau, tratando de hacer comprender el carácter científico del evento y el compromiso de sus miembros con la arqueología. Yo recuerdo por ejemplo que en septiembre del '73, nos llamaron de la Universidad de Concepción para cobrar nuestros sueldos; ahí nos detuvieron a todos los profesores del Departamento de Antropología y Arqueología. El tiempo de detención varió en un mínimo de una a [un máximo de] cinco semanas. Hasta ese momento, yo era profesor de la Universidad de Chile y de la Universidad de Concepción. Estando detenido me llegó una carta de esta última institución en la que se me expulsaba por ser un peligro nacional. Una o dos semanas después llegó Gonzalo Ampuero al centro de detención en un gesto que yo siempre le he agradecido, porque fue extraordinariamente valiente. Traía una carta que me permitía renunciar a la Universidad de Concepción. Firmar esa carta significó poder quedarme en Chile, al aceptar mi renuncia y no quedé con la figura [jurídica] de expulsado de la Universidad. Creo que las circunstancias que marcan el período son extraordinariamente fuertes: nadie que estuviera detenido podía defenderse; ¡si ni siquiera podía tener la certeza que al día siguiente viviría!

Hay gente dentro de la Sociedad que merecen reconocimiento. Quiero mencionar el papel que jugó el Museo Chileno de Arte Precolombino desde su apertura en 1981, que protegió a personas cuestionadas, otorgándoles un espacio de trabajo. Esta actitud humana no está escrita. Pero contradictoriamente a este hecho positivo, un artículo de Don Mario Orellana, "Reflexiones sobre el desarrollo de la arqueología en Chile" [*Revista Chilena de Antropología* 10, 1991: p. 17] dice: "Hay que reconocer sin embargo que en algunos museos se produjo entre 1973 y 1989 un desarrollo importante apoyado por algunos particulares y algunos hombres del gobierno militar que gustaban del estudio del pasado, el tratamiento así fue distinto, por una parte las universidades fueron maltratadas, en cambio algunos museos fueron parcialmente respetados y en algunos casos especiales, incluso apoyados...". Hay cosas que lamentablemente ni las circunstancias actuales permiten decir. Pero quiero hacer fe de que lo que señaló Lautaro [Núñez] es efectivo, aun cuando no recuerdo con precisión las expresiones textuales del Rector.

Carlos Aldunate: Quiero confirmar lo que dice Jorge. Además, en aquella época yo era estudiante y aunque no participaba de la Sociedad Chilena de Arqueología, recuerdo que [sus Directores] se pusieron en contacto con investigadores de mucho prestigio internacional, como Betty Meggers, Junius Bird, Tom Lynch, para que ellos escribieran y enviaran cartas a las instituciones de Gobierno, a las autoridades universitarias, en defensa de mucha gente. Creo que fueron un muy importante apoyo en ese momento. En mi calidad de estudiante de esa época, quiero también dar un testimonio personal. Probablemente a fines del '73 o comienzos del '74, fui llamado por la fiscalía que se estableció en el Pedagógico de la Universidad de Chile durante esa fase. Se me dijo que se me llamaba como una persona de confianza del Gobierno para informar acerca de estudiantes y académicos; quiero que quede constancia acerca de los procesos que se llevaron a cabo en la Universidad de Chile en aquella época.

Hans Niemeyer: También quiero agregar algo sobre el problema de Arica. Una vivencia muy personal. Como presidente de la Sociedad Chilena de Arqueología, acompañé al Coronel Danyou que se encariñó con la arqueología; un rector designado que defendió con tanto calor a Lautaro [Núñez] y la realización del Congreso. Me mostró la lista donde aparecían muchos de los que están aquí - como Virgilio [Schiappacasse] y Lautaro [Núñez] y otros que murieron, como la Dra. [Grete] Mostny. El Coronel [Hernán] Danyau fue personalmente a conversar con cada miembro de la Junta; todos le dijeron que no podían hacer nada, porque el problema estaba centralizado en el General Pinochet. No logró la audiencia con el General; creo que Danyau hizo todo lo que estuvo a su alcance para que se realizara el Congreso. De esa frustración nació la idea que le propuse a [Jorge] Iribarren en San Rafael, Argentina, de realizar la reunión en La Serena. Ahí estuvimos y conviene recordar que [en esta última reunión] Jorge Iribarren despidió su vida y su trabajo. Fué muy emotiva su semblanza: describió sus trabajos, sus viajes y nos estimuló a todos para que hicieramos una vida de trabajo. Murió en enero de 1977. De ahí la importancia de los homenajes en vida como señaló Eliana [Durán].

Myriam Tarragó: Creo que es importante ver que pasó del otro lado de la frontera para la reflexión de la década de los '70. Cuando fue el Congreso del Hombre Andino en el año '73, teníamos en Argentina gobierno militar. Y teníamos miedo. En el ambiente de nuestro país, este Congreso era palabra prohibida; la restricción ideológica en Buenos Aires era muy fuerte así es que nunca mis alumnos pudieron leer a Gordón Childe. Aunque muchos no pudimos asistir, saber que se realizaba este Congreso, fue como tomar un poco de aire.

A la inversa, cuando acá en Chile se produjo la ruptura, en Argentina hubo un corto período sin militares. La explosión política expresada en el reclamo estudiantil de mil alumnos en el Congreso del '74 en Salta, tuvo para Víctor Núñez Regueiro y para mí, que eramos de la Comisión Organizadora, dimensiones insospechadas. Pasamos a la lista negra por haber organizado el Congreso, fuimos acusados en los diarios y para el golpe de 1976, fuimos prescindibles; quedamos sin trabajo, nos fuimos del país y muchos desaparecieron después. Como dice Rex [González], las condiciones político académicas de esta década son muy duras en ambos países. En el momento presente, el compartir estos dolores es una salida para avanzar en otras etapas constructivas.

José Luis Martínez: Esta fue una época de dificultades para el diálogo. El Congreso del Hombre Andino, presidido por el General Forestier, fue una reunión en donde se hizo patente la dificultad para el diálogo en el ambiente general. [John] Murra no pudo hablar porque los estudiantes no lo permitieron. Y Gabriel Martínez tampoco, porque tenía un tema que no era relevante políticamente. Era el tema de las artesanías aymara.

Oscar Espouey: Creo que en el momento del Congreso [del Hombre Andino] del '73 en Antofagasta, habíamos perdido mucha capacidad de diálogo; la recuperamos al reencontrarnos en Salta. Como consecuencia, la posición de Mario Rivera que en ese momento se jugó por una serie de gente cuestionada hizo posible que volvieramos a tener un grupo de trabajo en Arica, hacia el año 1975. Este es un hecho independiente de la valoración que le otorguemos a su actuación posterior.

Luis Cornejo: Una consecuencia que me parece académica de lo que ocurre en los '70, es el problema de las relaciones entre las personas. Creo que la generación de los '70 muestra un efecto de mucho aislamiento de ciertos grupos de trabajo. Al revisar la bibliografía de lo que se escribe a fines de los '70 y principios de los '80, hay colegas que trabajan vecinos, pero aislados. Se advierte que personas que trabajan en una región cercana, no conocen la bibliografía publicada por sus vecinos de zona. Veo una excesiva lucha interna en la generación de los '70, una excesiva cantidad de problemas personales, de enemistades que, a la larga, repercuten en el nivel académico, especialmente entre los colegas que trabajan en el norte de Chile. Lo percibí cuando empecé a introducirme en la arqueología del norte de Chile, a fines de la década de los '70.

Victoria Castro: Efectivamente así era en los '70. Paulatinamente fuimos consiguiendo que los estudiantes pudieran hacer sus prácticas profesionales al lado de colegas de otras instituciones, que actúan como tutores si es necesario, pero siempre se exige la actuación de un profesor-guía de la Universidad de Chile.

Gonzalo Ampuero: El Museo de La Serena sigue abierto y recibimos encantados a los alumnos poniendo a su disposición la Biblioteca y las Colecciones.

Patricio Núñez: Vamos a dar por terminado este tema. Su tratamiento ha sido corto porque el problema es de gran magnitud. Sólo quiero recordar a los colegas exonerados, muertos o que tuvieron que irse fuera y al mismo tiempo,

pensar que no fue tan sólo una etapa de incomprendiones por factores de índole personal. Es en esencia, el contexto del gran cambio que se produce en Chile.

2. Formación universitaria

Victoria Castro: En ausencia de Carlos Urrejola reseñaré este tema para la región centro del país. Pienso que muchos de los que están presentes y que fueron estudiantes en Santiago en esa época pueden complementar esta narración.

Hubo dos planes de estudio en esta década. El primero, aprobado el año 1971, consideraba una carrera de cinco años con 26 asignaturas de régimen anual, una práctica profesional integrativa a lo largo de la carrera, una tesis escrita y un examen de defensa de tesis. Cumplidos todos estos requisitos se obtenía el grado de Licenciado en Filosofía con mención en [Prehistoria y] Arqueología, que al mismo tiempo era equivalente al título profesional. Con este pregrado, cualquier arqueólogo de la Universidad de Chile podía ingresar directamente a un Doctorado en cualquier país extranjero. Prácticamente todos los estudiantes de este primer plan, necesariamente estábamos en otras carreras universitarias, porque antes de estos estudios regulares, el Departamento de Historia dictaba un Programa en Arqueología, al cual no se podía ingresar si no se era alumno regular de al menos 2° año de otra disciplina o se estaba en posesión de un título universitario. La mayoría cursaba estudios de Historia, pero también habían compañeros de Literatura, Filosofía, Economía, Leyes, Ingeniería, Geografía, Idiomas, etc. La historia previa a este programa fue relatada en la Mesa de los '60, así como las virtudes en ese recuento de Grete Mostny, Mario Orellana y Bernardo Berdichewski, quienes impulsaron la creación de la Carrera, junto a los ayudantes alumnos y alumnos del Programa de Arqueología del Depto. de Historia de la Universidad de Chile.

La creación del Centro de Alumnos de Arqueología, en los años '60, también contribuyó a estimular la formación universitaria regular. Entró Berdichewski y Orellana se disputan la Dirección del nuevo Departamento de Antropología, ganando este último. Pronto ingresa el profesor [Hans] Niemeyer para enseñarnos topografía aplicada a la arqueología y tenemos excelentes cursos de Geografía. El profesor Carlos Munizaga enseña Antropología Social y Juan Munizaga Antropología Física, con sus ayudantes, Silvia Quevedo y Marcela Lama. En arqueología teníamos un modesto laboratorio, pero siempre concurrido y con buenas colecciones. Prácticamente todos podíamos ir a terreno, porque aunque los investigadores eran pocos, nosotros también. Una docencia estimuladora, por la vocación dedicada de todos los profesores (y de los ayudantes y estudiantes). Recuerdo que en esa época, luego de rendir los exámenes de fin de año, la comisión nos entregaba ceremonialmente nuestras papeletas; en verdad [éstas] hoy día son artículos de museo. Como estudiábamos otras carreras y habíamos hecho una cantidad de cursos en el Programa de Arqueología pre-'71, varios de nosotros egresamos en enero de 1974. Pioneros en titularse fueron Luis Rodríguez [1974] con una tesis sobre metalurgia en el NOA, José Berenguer [1975] con su tesis sobre Tiwanaku (una pasión irresistible), aún vigente. Fernando Plaza [1976] escribe sobre fortalezas en Ecuador y Julia Monleón [1976] se recibe con una síntesis sobre arqueología mapuche. Otros de nosotros fuimos más tardíos para recibimos.

El Centro de Alumnos era activo y politizado en términos calmos en la acción y fuertemente crítico en la discusión y en el diario mural. Pero en ese sentido éramos una excepción a la paulatina efervescencia del país. Este plan sufre pérdidas a partir de septiembre de 1973. El profesor Berdichewski, a pesar de ser hermano de un General del Aire en ejercicio activo se ve obligado a renunciar y pronto abandona el país. Como señalaba Jorge [Hidalgo], estas "renuncias voluntarias" eran obligadas para no ser expulsado y se convirtieron hasta la época de [el Rector] Federici, en la década de los '80, en una práctica recurrente. Hubo pérdidas de otros buenos docentes que prestaban servicios a nuestro Departamento. En fin. La Dra. Mostny, traslada su horario completo a la Facultad de Arte y tenemos mucha consciencia de que los mejores investigadores de los centros del norte y del sur, a quienes como estudiantes gustábamos de escuchar en los congresos y leer sus publicaciones, peligran en su integridad laboral y aún más. Carlos Urrejola y Marcela Lama, ayudante de Antropología Física, salen del país por más de una década. Silvia Quevedo renuncia al Departamento de Antropología para ingresar al Museo Nacional de Historia Natural. Y aunque aparezca muy contradictorio, el profesor [Mario] Orellana, hasta entonces Director, es exonerado de la Universidad por un decreto exento de rectoría. Algunos que pudimos optar por quedarnos, sufrimos por años la injusticia del no reconocimiento de nuestra labor académica. A pesar de los embates, la especialidad [de Arqueología del Depto. de Antropología] pudo continuar, mientras con pena veíamos el término de sus hermanas del norte y del sur.

Hacia mediados de la década, se conforma un nuevo plan. Es la Carrera de Antropología con Mención en Antropología Social y Prehistoria y Arqueología, de régimen semestral. Se incorporan como docentes Fernanda Falabella y Antonia Benavente y por un breve período, el profesor Gonzalo Ampuero. Con mucho esfuerzo, prácticamente cinco arqueólogos mantuvieron la docencia de la especialidad. Pero sin duda, los dos congresos nacionales y las jornadas que se realizaron en esta década, fueron también un impulso significativo para académicos y estudiantes. Sin esos espacios formales otorgados por la Sociedad, habría sido imposible en esta etapa una interrelación académica entre las gentes del norte, centro y sur del país.

Gonzalo Ampuero: En la Universidad de Concepción, hay tragos dulces y amargos. Todo surgió en Concepción por el esfuerzo personal de Zulema Seguel. Su empeño permitió que a fines de la década de los '60, la Universidad de Concepción y el Instituto de Antropología pudieran organizar el IV Congreso de Arqueología en Concepción. Zulema logró contratar a distinguidos profesores argentinos como Edgardo Garbulski y Pablo Aznar, que conformaron buenos cuadros de antropólogos. En ese marco se realizó el Congreso Nacional de 1967. Pero el problema que siempre tuvo la Universidad de Concepción hasta su muerte en la disciplina, fue la falta de profesores. Académicos de Santiago como Juan Munizaga, Jorge Hidalgo, Julio Montané y Osvaldo Silva, viajaban semanalmente a dictar las clases. También asiste como profesor invitado Luis Guillermo Lumbreras a dar un curso. El hace unos apuntes a mimiógrafo para distribuir entre los alumnos; después, esas notas fueron quemadas. Lo interesante es que esos apuntes sirvieron de base para su libro *La Arqueología como Ciencia social*, una visión integradora de la arqueología dentro del marco teórico del materialismo dialéctico. La Universidad tuvo muchos alumnos. Cuando Julio Montané decide retirarse de Concepción, para dedicarse más a la zona central, yo lo reemplazo. Llegué antes, durante y después del golpe. Llegué en Septiembre de 1972 incorporándome al núcleo compuesto por Aznar, Garbulski, Petrucci, Jorge Hidalgo, Juan Munizaga y Osvaldo Silva. Después vino el Golpe y la estadia compartida con Hidalgo en el estadio. Me llamó el Rector Delegado, un oficial naval, y me comunicó que podía reintegrarme a la Universidad. Substituímos tres: Zulema [Seguel], Orlando Campana y yo. Mi situación fue incómoda porque ellos habían redactado una lista con aquellos alumnos que podían volver a la Universidad y quienes no, que se publicó en el diario *Color* de Concepción. Así viví hasta agosto de 1974. De ahí me trasladé a Arica, en donde tuve el otro golpe. En fin, la Universidad de Concepción bullía de actividad hasta el '73. Y todo eso se perdió.

Agustín Llagostera: La Carrera de Arqueología en Antofagasta, en lo que en ese tiempo era la Universidad del Norte, es una experiencia iniciada voluntariamente y terminada involuntariamente. A pesar de lo corto, creo que tuvo una influencia trascendental para el norte de Chile. Para entender algo la dinámica del proceso, hay que considerar los fines de la década del '60. En ese momento la Universidad del Norte está estableciendo Sedes en Arica, Iquique, Antofagasta y está definiendo sus líneas prioritarias a nivel académico. Entré ellas el mar, la minería y la arqueología. En este último caso había grupos consolidándose en las ciudades mencionadas. A partir de este momento, grupos humanos y museos son incorporados al alero de la Universidad del Norte. Entonces es cuando la Universidad da cabida a la arqueología y también a la antropología, al crear el Centro Isluga. Entre 1967 y 1968, llega Guacolda Boisset, y reitero la necesidad de hacerle este homenaje, ya que en el fondo la creación de la Carrera de Arqueología y la formación de nuevos cuadros se deben a su impulso. Entre 1968 y 1969, también soy incorporado a la Universidad y comenzamos a vislumbrar la necesidad de formar arqueólogos en el norte. Así se inician las primeras conversaciones con las autoridades de la Universidad. Estas muestran una disposición positiva y se comienza a planificar la Carrera. Dentro de esta perspectiva, yo que venía de la biología, soy enviado por la misma Universidad a Perú, para obtener el título de arqueólogo. El año '71, se abre la Carrera y se consolida el cuerpo de profesores. Se lleva gente de Concepción como Bente Bittmann, Víctor Bustos, Nelson Vergara; de Santiago, Juan Munizaga; de Antofagasta, la propia Guacolda Boisset, Lautaro Núñez, Branko Marinov y quien habla; de Arica, Patricia Soto.

Yo diría que en general, la tónica que marcó esta escuela fue un énfasis muy fuerte en el trabajo de campo y un trabajo de primera mano en terreno con los estudiantes; una mística de los propios alumnos realmente extraordinaria y una exigencia bastante alta. Hubo alrededor de 70 u 80 ingresos, en dos promociones, una que entró en 1972 y otra en 1973. Terminaron 18 titulados, lo que de alguna manera muestra el nivel de selección que se produjo en el transcurso de la Carrera. Hay que agregar también que esta Carrera se creó como Escuela de Antropología, con la idea de impartir dos menciones, arqueología y antropología sociocultural.

El '73 vino el Golpe y la primera intención fue clausurar, acabar con esta Carrera. Después de muchos intentos, sólo se aceptó que siguiera como carrera [la disciplina de la] arqueología, [pero] con un cierre inevitable. Por eso digo que la trayectoria fue muy corta, dos ingresos y después el cierre involuntario de la carrera. Luego, a los alumnos que estaban ingresados se les permitió concluir sus estudios para titularlos. El '73 produce todo este cambio de dirección. Guacolda Boisset era una mujer muy sensible y se sintió muy afectada por toda esta violencia. En ese momento decide

retirarse de la arqueología, postura que mantiene hasta el presente. Pero insisto: todo este producto que vemos en el norte fue debido a seis años que nos dej[aron] una cantidad de hijos: los nuevos arqueólogos, un fruto extraordinario para el norte de Chile. De la generación del '72, se titulan cinco y de la del '73, 13: en total, 18. Y una de las cosas extraordinarias de este proceso, es que prácticamente el 90% de los egresados y titulados de esta escuela, están en este momento trabajando activamente en diferentes lugares del norte del país. Haciendo un rápido recuento: en Arica, Iván Muñoz y Calogero Santoro en la Universidad de Tarapacá; en Iquique, Cora Moragas en el Museo Regional y Alvaro Carevic en la Universidad Arturo Prat; en Antofagasta, Ivo Kuzmanic, Nancy Montenegro y Angel Durán en el Museo Regional; en San Pedro de Atacama, María Antonieta Costa y Francisco Téllez en la Universidad Católica del Norte; en Copiapó, Miguel Cervellino; en el Museo Regional de La Serena, Gastón Castillo y Marcos Biskupovic. Debo destacar también que los directores regionales de Turismo de la I y II regiones, son de estas generaciones y en general hay por lo menos ocho de nuestros egresados que ocupan cargos directivos, como los que ya mencioné, así como en museos y departamentos universitarios. Una de las cosas importantes es la estabilidad: son todos ellos, arqueólogos residentes en cuatro regiones, desde Arica a La Serena. A nivel muy general, este análisis muestra el logro de un proyecto corto, pero exitoso.

Victoria Castro: Traté de ser lo más breve al exponer este tema. Pero sería injusto si no mencionara al menos como ejemplo, que hubo antiguos estudiantes que tenían una sólida formación de terreno y gabinete como Felipe Bate y Julie Palma, formados al lado del profesor [Julio] Montané, que después del '73 no pudieron concluir sus estudios. Julie recién ha podido reincorporarse al igual que Angela Jeria. En este último caso, nosotros como estudiantes hicimos lo posible porque a Angela se le diera el egreso, puesto que [al producirse el Golpe de Estado] sólo le faltaba apenas un examen y era muy buena alumna. Cuando lo solicitábamos, su esposo, el General [Alberto] Bachelet había muerto estando detenido en la Academia de Guerra [de la FACH] y Angela y su hija estaban detenidas. No pudimos conseguir este egreso a pesar de todos los argumentos que expuso Carlos Aldunate en representación de todos nosotros y ella salió directamente desde el centro de detención al exilio.

Mauricio Massone: Quiero testimoniar brevemente el entorno de la Carrera [en la Universidad de Chile] como estudiante de la primera promoción que junto a varios de los que estamos aquí presentes, ingresamos el '71. No quiero que la década del '70 quede como un período oscuro. Es cierto que hubo mucho dolor, pero antes del '73 también hubo luz. Yo quiero mencionar una época increíble, la época del "pastoreo" en el Pedagógico de la Chile en Macul, un tiempo increíble: "la revolución de las flores" o sus consecuencias, los cambios en la música. Hubo muchos cambios en todo, mucho optimismo y en el año '71, cuando nosotros ingresamos, vivimos un período extraordinariamente rico, creativo. Varios de nosotros veníamos de la Carrera de Historia y aprendimos con Genaro Godoy y otras gentes, que los contextos arqueológicos son códigos que permiten la reconstrucción de procesos históricos. Esta orientación la teníamos internalizada y se iba a expresar después en nuestras investigaciones. Por otro lado, la dimensión antropológica que nos llegaba de gente como Don Carlos Munizaga que fué nuestro profesor. Además, estaban llegando a Chile los primeros vientos de la Nueva Arqueología, que planteaba entre otras cosas que la arqueología es antropología o no es nada. Empezábamos a preguntarnos cómo conciliar entonces la dimensión antropológica con la dimensión histórica. Por otra parte, había una tercera vertiente que para nosotros estaba muy presente, los aportes de las Ciencias Naturales. Ese legado nos llegó directamente del Departamento de Geografía de la Universidad de Chile. Quiero reconocerlo, porque no hemos expresado el sentido que gente como Pedro Cunill y Roberto Santana le dieron a la Geografía Humana; gente como Rómulo Santana, Reinaldo Börgel, [José] Araya y Rolando Paskoff, que nos enseñaron la Geografía Física, la geomorfología, la aerofotogrametría, que nos va a permitir hacer propia esa dimensión naturalista, sobre todo geográfica también y que se expresará en nuestras investigaciones posteriores. Fué un período muy rico.

4. Influencia de nuevos marcos teóricos y metodológicos¹

Jorge Hidalgo: Tengo las páginas ya amarillas a mimiógrafo de una conferencia que dictó Bente Bittman en 1969 sobre las relaciones entre historia, antropología y etnohistoria. Aquí se encuentra por primera vez un planteamiento teórico de lo que es la etnohistoria en Chile. Este apunte circuló entre todos los que estábamos ansiosos por saber más de la etnohistoria. Bente llega con un concepto de etnohistoria que es parecido básicamente a la idea de una arqueología documental, en el sentido de que la historia trabajaría con los conceptos teóricos de la antropología, pero con la metodología propia del etnohistoriador. Se crea en torno a Bente, la primera cátedra de etnohistoria en Chile, que se dicta en la Universidad de Concepción, del cual yo fui el continuador en 1971, reemplazando a Bente. Esa fue la posibilidad de ir a Concepción; viajábamos todos los jueves en la noche con Juan Munizaga, Jorge Pinto, Osvaldo

Silva y nos pasábamos toda la noche conversando en el tren para llegar a tomar desayuno al mercado y luego a hacer clases todo el día.

Otra persona que estaba también desarrollando la Etnohistoria desde muy temprano y antes de llegar a Chile era Horacio Zapater. Las primeras publicaciones de Zapater que he detectado son de 1955. Es decir que a mediados de la década de los '50, Horacio está produciendo algunos trabajos sobre las poblaciones mapuches, sobre temas religiosos; creo que refleja la tradición etnohistórica argentina que viene con Serrano, con otros muchos grandes escritores que habría que mencionar. En 1974, Zapater también escribe un trabajo de reflexión sobre el concepto metodológico de la etnohistoria, concluyendo que sería la disciplina que analiza la evolución de estas sociedades indígenas en el período de contacto con sociedades muy desiguales; un poco el tema de la aculturación sería la orientación. Luego en 1972 publiqué *Culturas Protohistóricas*, el primer libro con una orientación metodológica etnohistórica en Chile. En 1973, aparece *Los aborígenes chilenos a través de cronistas y viajeros* de Zapater. Debería mencionar aquí un problema que recién empieza a solucionarse, que es el hecho de que en general, los etnohistoriadores se han citado poco entre sí; particularmente, siento que muchos de mis aportes han pasado a ser territorio común; han sido tan socializados ya, que nadie se acuerda que tienen origen en una publicación. Bueno, en estos años también hay un aporte muy significativo que se expresa germinalmente en el Congreso del Hombre Andino del '73 y que creo que hay que destacarlo en dos sentidos. Me refiero a las contribuciones de Gabriel Martínez y Verónica Cereceda: es la irrupción de la antropología, porque hasta ese entonces; básicamente estamos hablando de arqueología, etnohistoria, antropología física, pero en este momento aparecen dos aportes antropológicos fundamentales. Uno es el descubrimiento para Chile de la población aymara, porque hasta ese momento se habla de la Cultura Arica para todo el Norte Grande. Gabriel y Verónica son presencias fundamentales. En segundo lugar, ellos traen una influencia muy fuerte de las teorías estructuralistas que se van a expresar en los trabajos que siguen a continuación y van a tener también una gran influencia a su vez en los etnohistoriadores y en arqueólogos y antropólogos. Germinan con este Centro de Estudios de Isluga.

El Golpe de Estado significa para nosotros el fin del Instituto de Antropología de la Universidad de Concepción. También en lo personal, viene mi separación de la Universidad de Chile que me duele hasta hoy día y el que se deshicieran una serie de grupos de investigación en el país. Pero muy rápidamente la arqueología, hay que decirlo, va a ser el gran "paraguas" aglutinador de una serie de gentes de distintas disciplinas. Para los militares, con una ideología muy nacionalista, la arqueología representa uno de los elementos de legitimación en el sentido de que lleva la nacionalidad muy atrás. En general, los militares van a apoyar la existencia de la arqueología especialmente a través de museos y es ahí donde se crean centros de investigación importantes como acaba de decir Patricio [Núñez] y que nos dieron la posibilidad a algunos de "exiliarnos" en Arica, donde me encontré de nuevo con Gonzalo Ampuero, Patricia Soto, Liliana Ulloa, Guillermo Focacci, Oscar Espouveys y otros que estuvimos allá.

Ahora, quisiera brevemente sintetizar qué pasa con la etnohistoria en los '70. Diría que tiene dos etapas. La primera, entre el '70 y el '74 más o menos, en que se está trabajando con fuentes documentales publicadas. A partir de 1974, hay un fenómeno interesante. La primera publicación con fuentes inéditas es la de José María Casassas, *La región atacameña en el siglo XVII*; no obstante que el trabajo en cuanto a una orientación metodológica histórico-antropológica no es tan significativa, en términos de fuentes es la primera vez que se publican documentos inéditos por un historiador- etnohistoriador. En ese tiempo, Casassas junto con otros historiadores del norte, como don Alfredo Worman, señalaban que el norte de Chile era un desierto documental, que no habían fuentes inéditas y por lo tanto valorizaron mucho las fuentes parroquiales. Otro historiador que está produciendo en esos años es Horacio Larraín, quien publica en la revista *Norte Grande* trabajos monográficos, especialmente sobre las poblaciones nortinas. El utiliza principalmente los documentos del Archivo de Indias publicados por el padre Barriga. Aunque no trabaja con manuscritos inéditos, sus publicaciones son similares a los que usan material inédito; muy monográficos y sistemáticos. Durante esos años también aparece Bente Bittmann en el norte, que escoge como tema central de estudio a las poblaciones de pescadores y hace aportes muy importantes en este sentido. Mi aporte en esos años consistió en el descubrimiento en los Archivos de Lima, Sucre y Santiago de algunos documentos que permitieron la publicación de las primeras Visitas y que han hecho posible realizar estudios de los patrones de poblamiento para estudiar también sitios arqueológicos. Por ejemplo, la Revisita de los Altos de Arica en Codpa, incentivó al equipo de la Universidad de Tarapacá a buscar lo que nosotros en ese tiempo ilusamente pensábamos que sería la capital prehispánica de ese sector; como corresponde al mundo andino, no encontramos una capital, sino varias. También están los importantes trabajos de Sergio Villalobos en el año '75, *La mita de Tarapacá, La economía de un desierto*; en el año '80, publica *La historia del pueblo chileno*, que va a reflejar los nuevos aportes de la etnohistoria y donde se plantea por primera vez en la historiografía nacional la idea de que no importa analizar los pueblos en función de un estado posterior, sino en función de sus propios desarrollos. Creo que es significativo.

Ahora, el tercer y último punto es la colaboración con los arqueólogos y esto simplemente lo voy a enunciar; si tiene tiempo, Pepe [Berenguer] lo puede desarrollar un poquito más. El año '77, a proposición mía, hubo un Simposio de Etnohistoria y Arqueología Colonial que coordinó Bente Bittmann en el VII Congreso de Arqueología. Allí se desarrollaron tres temas, que creo son los temas clásicos de colaboración entre arqueología y etnohistoria. Uno que es la etnohistoria misma; otro que es la arqueología colonial y republicana, y tres, que es el período inkaico. Estos son los grandes temas de colaboración. Otros trabajos tienen que ver también con las influencias que los arqueólogos han recibido de parte de esta corriente andinista general. En eso me parece muy importante mencionar los trabajos de Lautaro Núñez sobre "Geoglifos y tráfico de caravanas en el norte de Chile", en el año 1976 y el de este autor y Tom Dillehay en 1978 sobre movilidad ganadera y armonía social; el trabajo de [Agustín] Llagostera sobre la hipótesis de la expansión Inka en el sector meridional occidental. Otras contribuciones que me parecen muy importantes son los trabajos de [Jorge] Iribarren y Hans Niemeyer sobre los Inkas y el camino Inka, que también tienen influencia etnohistórica; los trabajos de Osvaldo Silva sobre los Inkas, que incluye información etnohistórica y arqueológica, los trabajos de Hans [Niemeyer] y Virgilio [Schiappacasse] sobre transhumancia, multiétnicidad en sitios habitacionales, etc. Yo creo que también reflejan un poco lo que fue la década de los '70.

5. La educación y difusión arqueológica

Rodolfo Weisner: Antes de entrar al tema, quiero señalar que los arqueólogos de las décadas de los '60 y '70 sacrificaron gran parte de sus fondos, de su vida familiar para dedicarse a su quehacer y en este sentido quiero mencionar a Oscar Espouey. Oscar siempre recibió con los brazos abiertos a los arqueólogos interesados en Arica, a los que recurrentemente otros no acogían. Quiero que quede por escrito su generosidad, su extensión paralela a la académico y este aporte reciente, la desinteresada donación [al Museo Nacional de Historia Natural] de su colección [Colección Manuel Blanco Encalada], que sin duda contribuirá mucho a la arqueología chilena. En cuanto a la extensión en esta década hay mucho que decir si se recopila información. Lautaro [Núñez] ni se acordaba, por ejemplo, cuando por allá por 1960 o 1961, siendo él estudiante, iba a los colegios a mostrar lo que era la arqueología, acompañado de dos señoritas muy hermosas que eran la Sivy Quevedo y la Julie Palma.

Carlos Aldunate: En esta década, creo que lo primero que hay que destacar en cuanto a extensión y difusión son los museos de Chile. Con Rodolfo [Weisner] recopilamos esta información museo por museo, así es que se puede poner a disposición de la Mesa para cuando se publique esta reunión, porque es un largo recuento. En casi todos los museos, los directores son arqueólogos y ahí no sólo se está haciendo investigación sino que se extienden los conocimientos hacia el público, tanto en las regiones como en Santiago. Tenemos que destacar al Museo Nacional de Historia Natural, que en 1971 inaugura la primera exposición sistemática que se hace en Chile. Y esa es una labor que como tantas otras se la debemos a nuestro recordado Julio Montané. Cubrió desde el poblamiento inicial hasta las culturas etnográficas. Esta exposición de la Sala Chilena, que hasta el día de hoy dura en el corredor del 2° piso del Museo, contó con la colaboración de Julie Palma, Sivy Quevedo y Felipe Bate en la curaduría. A nivel de público masivo también hay ensayos. Quizá la primera valoración que se hace del arte precolombino en la década del '70, la realiza la galería de Enrico Bucci, que tenía sala de exhibiciones en Santiago y Arica. Bucci trae a Santiago la primera exposición de "tabletas de rapé" con el Padre Le Paige y que produce un enorme impacto en el público de Santiago. Y después, esta misma galería trae los tejidos prehispánicos de Arica. Estos dos catálogos son verdaderas joyitas, modestos, pero muy importantes a nivel del impacto. Pero en realidad, la mayor parte de la extensión se da a un público más restringido e interesado por la arqueología desde la educación secundaria a la universitaria y adultos aficionados, algunos con posibilidades de ingresar a la universidad. En este contexto, el Museo Nacional de Historia Natural tiene un lugar muy relevante; hay que resaltar la creación del Centro Nacional de Museología creado por la Dra. Grete Mostny, que es un verdadero semillero de futuros profesionales de museografía y de conservación. Lo mismo ocurre con la luminosa idea de la Dra. de crear las Juventudes Científicas de Chile, que tiene un impacto muy grande y aquí está Donald Jackson que perteneció a las Juventudes Científicas en esa época. Fuera de esta labor formal del Museo, hay también toda una extensión informal. El Museo y una verdadera tertulia científica de Julio Montané, acoge a estudiantes y aficionados en el Museo. Julio Montané fue un verdadero maestro con la desinteresada participación del Dr. [Virgilio] Schiappacasse, Rodolfo Casamiquela, Felipe Bate y Osvaldo Silva. En la Universidad de Chile se realizan cursos de verano, charlas, conferencias y artículos de difusión arqueológica.

A nivel de divulgación científica, hay que destacar el papel del *Boletín [de Prehistoria de Chile]*, de la Universidad de Chile y también la revista *Orbita* de la Universidad, para un público aún más amplio. Otro lugar destacado en la extensión se concentra en las sociedades científicas y de aficionados. La Academia de Ciencias Naturales, con la destacada participación de Hans Niemeyer, que fue su secretario permanente, sucediendo a Gualterio Looser, y la

sociedad Científica de Chile. En ellas se realizaba difusión científica incluyendo a la arqueología y antropología de acuerdo al viejo modelo del siglo XIX. Una mención especial merece la Sociedad Chilena de antropología que presidía el Dr. Luis Sandoval, con importantes aportes a la investigación y difusión de la antropología biológica en esa época. También hay que mencionar a la Sociedad Arqueológica de Santiago, una agrupación de aficionados con personalidad jurídica y de donde surgieron futuros profesionales, dirigida y asistida académicamente por Bernardo Berdichewski. Esta Sociedad realizó investigaciones, publicó sus hallazgos, se encargó de difundir ampliamente la arqueología en institutos culturales, casas de la cultura, y la propia Universidad de Chile cedía sus instalaciones para conferencias y cursos de esta Sociedad.

Por otra parte, en esta época aparecen las primeras publicaciones de divulgación científica, la *Prehistoria de Chile*, de la Dra. Grete Mostny y la *Prehistoria de América*, de Osvaldo Silva. Los museos regionales confeccionaron numerosas guías para exposiciones permanentes y transitorias. Un ensayo interesante fue la creación de la revista *Expedición a Chile*, de la Fundación Abate Molina, que agrupaba a muchos científicos de las ciencias naturales y la arqueología, con una difusión a buen nivel; una revista atractiva que hoy día es un ítem de colección. La gran ausencia ha sido desde esa época la escasa capacidad para divulgar en la educación básica y media. Si revisamos los textos de estudio, todavía se repiten las viejas teorías del siglo pasado. La Sociedad Chilena de Arqueología en este momento, tiene una comisión especial que trabaja sobre este tema y que surgió [como iniciativa] en el Congreso de Temuco en 1991. En cuanto a los centros regionales, en los '70, en Arica, el Museo Regional que existía desde los '50, pasa a principios de 1970 a la Universidad del Norte, constituyendo el Museo San Miguel de Azapa. En Iquique, estaba en funciones el Museo de la Universidad de Chile con una destacada función de Lautaro Núñez y el Centro Isluga, tan importante, con Gabriel Martínez y Verónica Cereceda. También el Museo Municipal, que contenía la malograda Colección Nielsen. En San Pedro de Atacama, con toda la labor del Padre [Gustavo] Le Paige y sus sucesores; en Calama funcionaba el Museo Municipal que contenía la Colección [de Jean-Christian] Spahn; el Museo [Regional] de Copiapó, dirigido primero por Gastón Castillo en 1973 y luego por el '76, por Miguel Cervellino. Para qué decir el enorme auge y la labor permanente de gran centro de difusión del Museo [Arqueológico] de La Serena, en donde resalta la labor pionera de Jorge Iribarren y su sucesor, Gonzalo Ampuero. Ellos asisten a investigadores, estudiantes y público en general y acogen en su magnífica biblioteca. En Viña [del Mar] y Valparaíso el Museo [Francisco] Fonck; en fin, en Concepción, con un equipo que dirige Zulema [Seguel] y que viene del Museo del Hombre de París. En Angol, el Museo Dillman Bullock dirigido actualmente por Sergio Erices. En la Universidad Católica de Temuco había también un gran centro con Adalberto Salas, el matrimonio Melville que hizo una gran labor de difusión junto a Tom Dillehay; para qué decir Milan Stuchlik, importante investigador de la etnografía mapuche; en Cañete, el Museo Regional con Héctor Zumaeta y [Miguel] Cervellino; en Valdivia, otro gran centro de difusión donde ha estado Mauricio Van Der Maale, luego asistido por [Tom] Dillehay. Chiloé, desgraciadamente con muy poca arqueología, estaba dirigido por el Padre Masia. Por último, en Punta Arenas, el Instituto de la Patagonia fue un importante difusor a través de Omar Ortiz y Mateo Martinic.

Comentarios del público

Eugenio Aspillaga: No quiero que se me malentienda. Yo rescato todo el valor del recuento que se ha hecho, para limpiar heridas del pasado, pero creo que se ha omitido algo que Luis [Cornejo] perfiló como una pregunta y que se soslayó olímpicamente. Creo que la generación de los '70 tiene una deuda importante con las generaciones posteriores y no sólo esta generación, sino las personas que consolidaron sus posiciones durante la década del '70, por el marco ambiental que aquí se ha esbozado durante ese período y esto lo digo como una especie de observador. Mi vínculo con la arqueología empezó el año '74 gracias a que Doña Grete Mostny nos cerró una puerta y nos mandó por el desvío a Juan Munizaga y esa fue nuestra gran bendición, por lo menos en mi caso. Pero yo quisiera decir que hay una parte de problemas éticos de parte de gente de la generación de los '70 que también me afectó como un mal legado en esa época y durante muchos años después.

Lilliana Ulloa: Quiero agradecer a la Dra. Mostny que me ofreció el acceso a las colecciones del Museo Nacional de Historia Natural y también a Eliana Durán y Julie Palma, que me iniciaron en el interés arqueológico, mostrándome toda la colección textil del Museo. Al mismo tiempo, me sugirieron ir al norte con don Julio Montané. Así, a fines del '72, tuve la feliz oportunidad de trabajar en Arica. Coincidió con Jorge Hidalgo en que al menos los 10 meses que alcancé a estar [en Arica] antes del Golpe, fue un período riquísimo, compartiendo con Patricia Soto, Sergio Erices, Focacci y Oscar Espouey. En el '74, llegaron Jorge Hidalgo y Tristan Platt y también fue una época sumamente rica en cuanto a discusión de los temas andinos; la tesis de [John] Murra estaba en su máxima expresión. Ahí se creó este grupo de Arica que, junto con la Revista *Chungará*, fue para mí toda una revelación, al igual que el Congreso del Hombre Andino del '73. Lautaro Núñez me inició en la arqueología. Yo, que pensaba estar unos cinco años en Arica,

llevo 21 años allá. Respecto al tema conservación en los '70, que expuso Patricio Núñez y que centró mas especialmente en la conservación de sitios, en Arica comenzamos por primera vez trabajos de restauración y conservación en textiles arqueológicos hacia 1978-1979. Pero hubo un inicio en el '76, ya que gracias a la gestión del Rector Danyau vino una española experta en conservación a varios museos del norte; ella sugirió que alguien tenía que ir a estudiar conservación a Europa y en ese contexto fui en 1977 a distintos países de Europa con ese propósito. Así es que en el '79 se instaló el primer laboratorio de conservación textil en Arica. Fue pionero porque sólo la Universidad de Chile Sede Arica realizaba conservación en sitios de arte rupestre. Esta Sede [de la Universidad de Chile], en donde trabajaban Luis Alvarez, Sergio Chacón y Percy Dauelsberg, se fusionó en 1982 con la Universidad del Norte, conformando la Universidad de Tarapacá.

Agustín Llagostera: En el contexto general de este recuento, quiero hacer notar que creo que gracias al Rector Danyau la Universidad del Norte aparece como algo atípico después de '73. Porque mientras en el resto del país se están sufriendo todas estas exoneraciones, se da la suerte de que se nos designa un rector que se compromete con la Universidad y muy especialmente con la antropología y la arqueología. Gracias a él se acoge a gente valiosa que se está exonerando en otros lugares como Jorge Hidalgo, Gonzalo Ampuero, Lautaro Núñez. Con ellos se crean entonces, en ese momento, los equipos tal vez más fuertes de la arqueología de Chile, centrados en la Universidad del Norte. Sin cálculos exactos, yo diría que hay un equipo de alrededor de 30 académicos de la disciplina distribuidos en los territorios de la Universidad del Norte. Además, se crean nuevos museos muy locales, como Tocopilla, Taltal, incluso el Museo Regional de Antofagasta, hasta entonces inestable, se consolida y logra un local en el centro de Antofagasta. Se traen expertos como Liliana [Ulloa] y es el momento en que vienen John Murra, Tom Lynch, es decir hay un movimiento importante de refuerzo en la Universidad, con apoyos en la investigación en todas las Sedes de la Universidad del Norte. Así es que dentro de la presión de la bota, también hay que mencionar estas excepciones. Este personaje no entendió que la filosofía castrense era destruir las universidades: se puso la camiseta de la Universidad, se comprometió a engrandecerla y ahí salimos favorecidos todos los arqueólogos. Esta actitud de consecuencia académica le costó lamentablemente la salida de la Universidad. Luego vienen los personajes más siniestros: el Rector Oviedo Cavada comienza los cortes y cercenamientos definitivos de la Universidad. lo que concluye Alarcón Johnson, que la reduce a su más mínima expresión. En ese momento yo venía llegando de México y ví los restos que iban quedando de nuestra grandeza. Me acerqué a Lautaro [Núñez] con el fin de buscar una estrategia para salvar lo que quedaba de nosotros (tres de 30) y de ahí surge la idea de buscar San Pedro de Atacama como un refugio y crear el Instituto de Investigaciones Arqueológicas. Es importante dejar establecido estos segmentos para entender la dinámica de este proceso.

En otro aspecto lo que mencionaba Mauricio Massone, es cómo también esta nuevas generaciones que están surgiendo en el sur empezaban a descubrir que el resto de Chile también es arqueología: es una de los aspectos valiosos de la generación de los '70.

Carlos Aldunate: Una pregunta a Lautaro [Núñez]: me parece que convendría referirse al importantísimo impacto que tuvo dentro del ambiente teórico y metodológico chileno la reunión de Paracas y el Coloquio de Antofagasta.

Lautaro Núñez: La reunión de Paracas, patrocinada por Unesco a través de Silvio Mutal, reunió a una constelación de arqueólogos andinólogos de la época, para hacer un análisis crítico a toda la teoría y praxis que estaba surgiendo de un debate muy interno. Se abrió el debate con la participación de 80 personas en el Hotel de Paracas. La importancia para nuestro territorio es el hecho que Mutal autoriza que el encuentro de Paracas se prolongue en Antofagasta. Myriam Tarragó, Alberto Rex González y yo viajamos por tierra a Antofagasta desde Paracas. Lo trascendental de la reunión de Paracas, aparte del discurso de [Luis] Lumbreras, que fue muy crítico, es que para nosotros por primera vez se estableció el nacimiento formal del Area Centro-Sur Andina y se discutieron todos los eventos en relación a este nuevo concepto de centro-sur andino; en Antofagasta, se reestructura el mapa que Lumbreras presenta en Paracas y se perfeccionan estos nuevos conceptos de subáreas Altiplano Meridional, Circumpuneña y Area Andina Meridional; se pone al día toda la conceptualización que Rex [González] había estructurado a mediados de los '60. A partir de ese momento tenemos un marco espacial mucho más flexible, en donde nuestros eventos centro-surfeños cobran un sentido más preciso. Mientras los documentos de trabajo circulados previamente por Lumbreras para la reunión de Paracas, junto con el debate sobre los mismos y sus conclusiones, pasan a constituir el libro de Lumbreras *Arqueología de la América Andina*, en Antofagasta sucede algo desagradable: la documentación de la reunión se perdió y nunca se publicó. Lo único que sobrevivió fue el mapa que ha estado circulando en todos nuestros estudios y que señala como su origen el Coloquio de Antofagasta de 1979.

Quiero agregar algo que no tiene nada que ver con lo anterior para complementar. La tragedia más grande que vivimos durante la Dictadura en relación a los museos del norte, fue cuando las autoridades políticas de la Universidad del Norte en Arica, descubren que los alumnos articulan una plaza interior dentro de la sede Saucache para generar una conciencia crítica y bloquean este espacio, ese foro interior, construyendo un museo, única y exclusivamente para detener la emergencia crítica de los alumnos. Nunca se ha leído en la historia de la humanidad, creo que ni siquiera en Alemania, que hayan construido un museo para negar un espacio a los estudiantes. Recién, hace uno o dos años, ese museo se terminó y las colecciones volvieron al lugar de donde nunca debieron salir, el Museo de Azapa.

José Luis Martínez: Creo que respecto de la extensión --mi recuerdo es borroso y habría que confirmarlo-- la primera exposición que viene con textiles y material arqueológico del norte, la organizan las personas. --que luego son del Centro Isluga-- de la Universidad de Chile de Iquique el '73 o mediados del '74. Después de esa fecha no puede ser (me fui del país el '74). La exhiben en el parque de artesanos, frente a la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile. Uno de los puntos de la acusación para echar a Verónica [Cereceda] y Gabriel [Martínez] fue acusarlos posteriormente de robo de material arqueológico.

Otra aclaración. Luis Cornejo planteó un tema que me parece relevante, que de alguna manera tocó Jorge [Hidalgo], que es esencial y no lo hemos tocado. Yo quisiera que nos centráramos en el paradigma de lo andino. Mi impresión es que la influencia de [John] Murra va mucho más allá de la influencia personal y más allá que la apertura a otras formas de mirada. Porque en definitiva lo que se construye a partir de los trabajos de Murra es lo que podríamos llamar un campo de discursividades. Es recién ahí donde por primera vez confluyen la arqueología, la historia, la etnohistoria, la antropología y cambia el lenguaje. Antes de los trabajos de Murra no hablábamos del Inka, no hablábamos del Tawantinsuyu, hablábamos del Incario. Hay una serie de terminología: el uso de palabras en quechua, en aymara, el uso de conceptos antropológicos, etc., que van a impregnar toda la mirada de la arqueología de esa época y hasta hoy día, en términos de enseñanza. Yo no estoy de acuerdo contigo Lucho [Cornejo] de que haya una obnubilación, un deslumbramiento, sino que es el gran paradigma que existe, que intercomunica en ese entonces. Lo interesante es que ese paradigma hoy está en crisis; lo andino se ha replanteado y creo que le corresponde a la generación de los '80 dar cuenta de ese primer cambio que asume la gente de los '90. El punto es: ¿qué paradigma empieza a reemplazar a lo andino? Tengo la impresión que en este momento no tenemos un paradigma del peso, de la extensión y de la dimensión que marque con tanta fuerza un desarrollo académico y profesional como éste. Esto es más que un efecto personal del aporte de Murra.

Mauricio Massone: Bueno, respecto de las opiniones de Eugenio Aspillaga y Luis Cornejo. En relación a lo que planteaba Eugenio, a ciertos problemas éticos generados en la situación de los '70 y que habrían ocasionado una prolongación en las décadas posteriores como un mal legado de esa generación, a mí no me quedó claro a qué se refería. Creo que su planteamiento fue muy vago y general. Creo que esos planteamientos hay que explicitarlos, fundamentarlos para discutirlos; pero pienso que la generación de los '70 no ha sido ni peor ni mejor que otras generaciones; hay que analizarla en el contexto histórico, en la situación del momento. Y es una realidad compleja y muy diversa que no se puede simplificar diciendo que fue buena o mala. Yo creo que hubo aspectos positivos y negativos como hemos señalado, pero creo que los problemas éticos no son privativos de esa generación. Han existido antes y después. Con respecto a Luis, noté que en su planteamiento hizo un juicio muy general para todo Chile, a partir de un planteamiento que en cierto sentido ha clarificado José Luis [Martínez]. Pusiste mucho énfasis en la poca claridad de la gente de los '70 frente a ciertos aspectos teóricos fundamentales. Yo no estoy de acuerdo, creo que hubo avances significativos para la época a diferentes niveles en cuanto a aplicaciones teóricas. Creo que hubo intentos serios de aplicar el Materialismo Histórico con mayor o menor resultado a comienzos de la década; creo que hubo un esfuerzo hacia fines de la década de aplicar un precepto de la Nueva Arqueología, metodologías de la Nueva Arqueología que se generan en los '70 y que eclosionan en los '80. Y también hubo un aporte empírico fuerte. Hay aportes significativos en el estudio de las colecciones en los museos y en las universidades. Baste por ejemplo con mencionar cómo progresan los estudios del material lítico con las contribuciones de Felipe Bate, la preocupación por los estudios comparativos de cerámica. Además a nivel de los asentamientos hay un cambio desde el estudio del sitio al interés por las relaciones entre sitios y áreas, de problemas de investigación en un nivel de carácter regional. Se utilizaron modelos matemáticos y se fortalecieron los aportes de las ciencias naturales y la dimensión histórica en esta época.

También quiero rendir un homenaje, porque para mí fué muy ejemplificador y muy estimulante ver que surgieron equipos de trabajo como, por ejemplo, el Grupo Toconce, que para mi gusto, fue un grupo modelo de personas que tomaron muy seriamente su trabajo y que nos causaban una envidia sana, como un deseo de participar en algún

momento en ese grupo tan bien estructurado y que tanto aporte hizo al norte de Chile. También se formó el equipo de Fernanda Falabella y María Teresa Planella. Yo creo que hubo una buena convivencia, así como también hubo problemas. Hubo muchas cosas positivas, seguramente también muchas negativas, nos damos cuenta.

Victoria Castro: La generosidad de los coordinadores de la Mesa de los '80, nos ha permitido más tiempo; pero debemos concluir después de la próxima intervención.

Héctor Vera: Es una crítica puntual y breve. Entre otras cosas, la Sociedad Chilena de Arqueología debe velar por la atención y conservación del patrimonio. En la década de los '70 (y hay un artículo de Mauricio Massone en la Revista *Museos*) hubo una eclosión de los museos. Como ejemplo, se creó el Museo de Tocopilla en donde se reunieron algunas colecciones. Resulta que con el devenir histórico y los sucesos políticos y administrativos que se sucedieron en el país, esas colecciones quedaron en la orfandad y en la indefensión; parte de esas colecciones están perdidas y con ello sus secuencias y fenómenos prehistóricos. Puede que hayan sido muy visionarios los de la década de los '70 en crear museos, en hacer cosas, pero hay que asumir la cuota de responsabilidad en relación a estos patrimonios.

Oscar Espouey: Nos olvidamos de un hecho enriquecedor que fue la famosa correspondencia entre [Luis] Lumbreras [Percy] Dauelsberg sobre la secuencia cerámica de Arica. Y segundo, opacado por el Congreso del Hombre Andino, pasó desapercibido en esta Mesa el survey de Lumbreras y Murra en que junto a un equipo multinacional con investigadores de varios equipos, recorrimos el extremo sur peruano, el norte chileno y Bolivia, lo que nos permitió tener una visión interrelacionada de las subáreas y trabajar mejor las colecciones. Eso fué posible por las facilidades que dieron cada uno de los museos de los respectivos países.

NOTA

¹ N. del E. de esta Mesa: En el tema 3, "La investigación en los centros universitarios y museos", intervinieron Patricio Núñez y Mauricio Massone, pero no quedó registro en la cinta magnetofónica, de manera que no se pudo editar. Aparentemente, se re-grabó un cassette o bien se perdió.